

Elena Caffarena

UN SIGLO, UNA MUJER



Una Mujer de Todos los Tiempos

(Entrevista realizada por Diamela Eltit, Santiago)



¿Qué importancia le concede usted al llamado Decreto Amunátegui, dictado en 1877?

-Una gran importancia. De tal manera que cuando se habla del movimiento femenino hay que partir del Decreto Amunátegui. Es lo que permite la entrada de la mujer a la Universidad.

¿Fue a partir de sus estudios de leyes cuando usted adquirió conciencia de la problemática de la mujer?

-Mire, yo fui la abogada número quince en Chile. Fue, precisamente, el conocimiento que obtuve en mis estudios de leyes, cuando me percaté de la inferioridad en que se encontraban las mujeres frente a la ley. Eso hizo nacer mi vocación feminista. Cuando yo era estudiante, escribí un artículo en el que señalaba todas las deficiencias que había en relación a la mujer. Este artículo se publicó después en un libro que se llamaba Actividades Femeninas y que se editó para conmemorar el cincuenta aniversario del Decreto Amunátegui. También influyó -creo yo- el ambiente mismo de la época en que me tocó estudiar. Usted tiene que tomar en cuenta que yo estudié en los años veinte, cuando había gran efervescencia estudiantil, esto daba un espíritu libertario. En cuanto a mis compañeras eran muy pocas, no había más de cuatro o cinco, y la verdad es que no se interesaban mucho por los problemas sociales. Salvo una chica que se llamaba Flor Heredia y que después fue memchista. Nosotros redactamos un proyecto de ley de voto femenino que fue el que se le presentó a Pedro Aguirre Cerda, aunque este proyecto no fue el que se aprobó después en la Cámara.

¿Qué recuerdos tiene de la Universidad?

-En la Universidad había mucha influencia anarquista. Algunos venían de Argentina y daban conferencias en la Federación de Estudiantes. Era una cosa

vaga pero muy libertaria, muy de cambiar las cosas. Conocí a Pablo Neruda cuando recibió su premio por la Canción de la Fiesta del año veintidós. Era un tipo muy callado, muy introvertido, pero lo veía especialmente en las oficinas de "Claridad", el periódico que teníamos en la Federación de Estudiantes.

En esa época las mujeres no iban mucho a la Universidad y las pocas que lo hacían, por lo general, seguían la carrera de pedagogía. Yo tenía interés en estudiar, tenía vocación por ser médica, pero no me atreví porque no me sentí capaz de seguir las clases de anatomía donde había que trabajar con cadáveres. Me decidí por las leyes quizá porque la directora del liceo donde estudiaba era doña Matilde Brandau, una de las primeras mujeres que obtuvo el título de abogada en Chile.

¿Qué piensa usted sobre las distintas organizaciones de mujeres previas a 1935?

-Yo me vine a informar sobre instituciones cuando ya estudiaba en el Memch. En ese tiempo se me ocurrió escribir la historia del movimiento femenino chileno y con ese objeto, empecé a revisar la prensa para ver qué decían de la actividad femenina en este país. Ahí me encontré con la sorpresa de que el único periódico que trataba este tema era "El Despertar de los Trabajadores" que dirigía Luis Emilio Recabarren. El fue, precisamente, el iniciador de los centros Belén de Sárraga. Eran grupos pequeños, formados por esposas e hijos de los trabajadores del salitre. Se preocupaban de organizar a la mujer desde el punto de vista cultural. Del Círculo de Lectura que fundó Amanda Labarca, me informé después. Estaban el Consejo Nacional de Mujeres y la Unión Femenina de Valparaíso, pero no eran instituciones de lucha, tenían más bien un sentido académico. Había mujeres de cierto nivel intelectual. Planteaban el problema de las mujeres, pero no luchaban con fuerza, con energía.

¿Qué recuerdos tiene de Amanda Labarca?

-En realidad yo conocí a Amanda Labarca el año 1935 cuando fundamos la Asociación de Mujeres Universitarias. En esa ocasión se eligió como presidenta a la doctora Ernestina Pérez. Amanda fue elegida primera vice-presidenta y yo segunda vice-presidenta. A Amanda Labarca la vine a conocer más y a tratar como amiga el año 44 en la Fechif. Dentro de la Fechif, tuvo una actitud muy democrática y muy pluralista. Ella actuó bien, claro que la perjudicó el pertenecer al Partido Radical, pero ella misma era una persona de gran sentido democrático, dejaba actuar y dejaba trabajar a la gente con bastante libertad. Yo tengo por ella gran admiración. Siento que las mujeres hemos sido injustas, porque no se la ha destacado como se merece.

¿Cómo se forma el Memch?

-Las instituciones se forman no porque un grupo de mujeres se reúnan. Tienen que confluír una serie de factores: económicos, políticos y sociales que son los que hacen emerger a las instituciones y que además las hacen duraderas. Porque si no, las instituciones son fugaces. Estos factores, precisamente, se produjeron con el nacimiento del Memch en la década del 30. Ya estaba en desarrollo la idea del Frente Popular, existía gran agitación de los grupos progresistas. Además, en ese momento, había bastantes mujeres con títulos universitarios. Había aumentado el número de mujeres que trabajaba en la industria, en el comercio, que trabajaban en la administración pública. Eso contribuyó a que con un grupo de mujeres se formara una institución que defendiera sus derechos.

Tengo que decir que en la primera reunión se discutió bastante el nombre. En ese tiempo -estoy hablando de hace casi sesenta años- hablar de emancipación era hablar, realmente, de algo que parecía muy obsceno. Bueno, ¿qué querían estas mujeres?, querían un verdadero libertinaje. Por el nombre se suscitaron

una serie de ataques por parte de los sectores conservadores del país. Se suponía que nos íbamos a dedicar al libertinaje. Ser emancipados, en ese tiempo, era una cosa fea.

¿Qué define al Memch?

-El Memch fue una institución pluralista. Se llamó a las mujeres de todas las clases sociales y de todos los niveles económicos. Teníamos universitarias, empleadas, obreras, campesinas, empleadas domésticas, profesionales, dueñas de casa y a todas nos unía una cosa en común: luchar por la emancipación de la mujer, económica, social y jurídica. La verdad es que al Memch sólo llegaron las mujeres más avanzadas.

¿Cuál fue la recepción pública ante la formación del Memch?

-Dentro del Memch hubo bastante homogeneidad; pero, en cambio, afuera, había grupos conservadores. Estos grupos consiguieron elegir tres regidoras en las elecciones municipales, ellas eran conservadoras y tenían una posición cerrada y, por cierto, le hicieron una gran oposición al Memch y hasta publicaron en la prensa que había que tener cuidado con esta institución porque estaba manejada por comunistas.

El Memch organizó dos congresos muy exitosos. ¿Cuáles eran los objetivos de esos congresos?

-Los congresos del Memch tenían dos objetivos: primero dar cuenta de lo que se había hecho. Enseguida analizar y pensar las campañas futuras. Pero, sobre todo, el objetivo era capacitar a las mujeres, educarlas respecto de sus limitaciones y respecto de su situación. Ante cada congreso el Memch organizaba cursillos de capacitación en los que se trataban todos los problemas de la mujer. El Memch fue una gran escuela de civismo.

Se dice que el retardo en aprobar el derecho a voto político de la mujer provino de todos los partidos, tanto de izquierda como de derecha.

-En realidad no tenían mucho interés en aprobar el voto político para la mujer, pues para los partidos la respuesta electoral de la mujer era una incógnita, a pesar de que el voto municipal era un antecedente. Mire una cosa curiosa: el voto municipal se obtuvo después de un año de lucha, mientras que el voto político después de más de veinte años. ¿Por qué concedieron el voto municipal?, porque los partidos querían ver el comportamiento de las mujeres frente al sufragio. Además, tener una gran cantidad de votantes significaba mayor trabajo, mayor trabajo de captación. Trataron por todos los medios de retardar la dictaminación de la ley, pero al final no les quedó más remedio que aceptarlo por la presión de las mujeres de muchos años.

¿Qué relación mantuvo el Memch con María de la Cruz y el Partido Femenino?

-El Partido Femenino fue una institución de vida muy fugaz y no dejó ninguna influencia. Y era sencillamente porque era un partido que no tenía principios. Podría perfectamente haberse llamado Partido María de la Cruz. Si usted examina la historia del Partido Femenino, éste no hizo ningún aporte a la reivindicación de las mujeres. María de la Cruz era una mujer de gran carisma, que tenía una condición muy rara en las mujeres chilenas, era buena oradora, arrastraba mucha gente, pero sus discursos eran sin consistencia. Ella hablaba y después no se podía hacer una síntesis de lo que había dicho. El Memch había organizado un acto conmemorativo del Día Internacional de la Mujer y había conseguido el salón del Ministerio de Educación. María de la Cruz intervino para que no nos prestaran la sala. Eso, naturalmente, fue muy desagradable, pero ese fue nuestro único contacto con María de la Cruz.

¿Cómo se fundó la Fechif?

–La Fechif nació del primer Congreso Nacional de Mujeres, no sólo por iniciativa del Memch, sino por un grupo grande de mujeres. Tenía por objeto, como su nombre lo indica –Federación de Instituciones Femeninas– luchar por los derechos de las mujeres. Durante el primer Congreso se eligió como presidenta a Amanda Labarca, que se desempeñó –como ya lo he dicho– de manera brillante y democrática.

Durante la época de la Fechif se rompe la coexistencia entre las organizaciones de mujeres, ¿por qué?

–La verdad es que los problemas surgieron cuando llegó al poder Gabriel González Videla. Entonces empieza una gran campaña en contra de los sectores populares y a esa política se adhirió el grupo radical que estaba en la Fechif, tanto, que obtuvieron la expulsión de las delegadas del Partido Comunista. Dentro de la Fechif había delegadas de distintos partidos políticos, del Socialista, del Radical, del Comunista. No me gustó la decisión de la Fechif de echar a las comunistas. Por lo demás, se había tomado el acuerdo sin mayoría. En esa sesión no había estado el Memch y era un error, porque las comunistas hacían un buen papel en la campaña por el voto. El Memch decidió retirarse y con ellos me retiré yo. A mí no me gusta pelear. Prefiero retirarme de donde no me quieren.

¿Qué costo social tuvo para usted ser la secretaria general del Memch?

–Bueno, tuve que sufrir un cierto rechazo porque jamás me dieron la posibilidad de ocupar ningún cargo. En realidad se desperdiciaron un poco mis capacidades, porque en ese tiempo yo era una mujer muy estudiosa y esforzada. Podría haber realizado muchas cosas, pero el hecho de estar tildada como una persona de extrema izquierda me quitó muchas posibilidades.

¿Usted se considera una persona de extrema izquierda?

-No, yo nunca he sido una persona de extrema izquierda. Soy, podría decir, una socialista moderada. Pienso en una sociedad que, dentro del respeto a la libertad y el respeto a los derechos humanos, asegure a la población educación y salud gratuitas, habitación y alimentación adecuadas.

¿Usted nunca militó?

-No, no milité.

¿Y, cómo lo logró? Era muy difícil no militar.

-Siempre he sido una persona independiente. Quizás influyó la tendencia anarquista de la primera época de mi formación de estudiante. Eso de no querer someterme a un mandato, a la restricción que puede imponer un partido.

¿Podría referirse a la paradoja de que días después que se concede el derecho a voto político a la mujer, a usted se le cancela su inscripción en los Registros Electorales?

-En realidad, la cancelación de mi inscripción en los Registros Electorales fue algo injusto y arbitrario. No había una razón, absolutamente ninguna para que se me privara de mis derechos con la Ley de Defensa de la Democracia, autorizada para cancelar de los Registros Electorales a los miembros del Partido Comunista. Yo sencillamente no pertenecía a ese partido ni a ningún otro. Me parece que la medida se tomó, en cierta manera, como venganza porque yo había participado en forma muy activa en la campaña para obtener la libertad de las mujeres que se encontraban detenidas en el campo de prisioneros de Pisagua. Se recordará que allí llevaron más o menos a cuarenta mujeres y lo más dramático es que no sólo llevaron mujeres sino que a los niños. Había casi cien niños que estaban en una situación deplorable.

Nosotras hicimos una campaña no sólo nacional sino que internacional. Se produjo un verdadero escándalo por este hecho. A mí me parece que esto motivó la cancelación de mi inscripción. Afortunadamente la ley establecía la posibilidad de apelar, y yo, naturalmente, hice mi reclamo y defendí personalmente mi situación.

¿Dónde estaba usted cuando se promulgó la ley?

—Cuando se promulgó la ley del voto femenino se hizo un acto extraordinario al que asistieron el presidente de la República, los ministros de Estado, el Cuerpo Diplomático, todas las grandes personalidades del país. Y lo curioso es que a mí, que había luchado tanto por el voto, no me invitaron. Gabriel González Videla lo único que hizo fue promulgar la ley, como corresponde a todos los presidentes cuando se aprueba en la Cámara. Pero lo hizo con gran aparato, de tal manera que todavía hay gente que dice que Gabriel González Videla nos concedió el voto. Y la verdad no es esa. El voto se obtuvo con la lucha de más de veinte años que sostuvieron miles de mujeres chilenas. Así es que ese día yo estaba en mi casa. Soy una persona que no va a ninguna parte donde no la invitan.

¿Por qué en momentos tan pujantes como fueron los años cincuenta y sesenta, usted no emprendió una carrera política teniendo tantas capacidades intelectuales y habiendo sido una ideóloga del Memch?

—La verdad es que yo no he tenido nunca una vocación política. Quizás influyó en mí una experiencia que tuve al inicio de mi carrera feminista. Yo había sido secretaria de la organización del comité de la candidatura de don Pedro Aguirre Cerda. Resultó que él fue elegido presidente. La gente supuso que yo era influyente. Entonces empezaron a llegar a mi casa muchas personas para determinados cargos. Eso a mí no me gustó. Esa es la verdad y yo quedé

como alérgica. Es cierto que otras mujeres del Memch siguieron una carrera política, como Julieta Campusano, pero ella pertenecía a un partido político desde antes, pero a las memchistas apolíticas no se les dio ningún cargo.

Pero, ¿no le parece que las mujeres tienen que estar en los estamentos de poder?

-Mire, yo soy realista. Reconozco que las instituciones femeninas tienen que ser autónomas y, dentro de la situación de autonomía, tienen que llegar a ciertas esferas de poder para realizar sus conquistas. Pero las mujeres dentro de los partidos tienen que seguir una línea determinada y eso les impide tener independencia para plantear sus problemas.

En los años posteriores a la obtención del voto femenino, ¿en qué trabajó usted?

-Yo nunca dejé de ser feminista. Y la prueba es que cuando empecé a ejercer la profesión, me dediqué al estudio del Derecho. Escribí algunos libros que tocan el problema de la mujer. Uno de mis libros se llamó "La Capacidad de la Mujer Casada en Relación a sus Bienes". El título es bastante largo y da cuenta del contenido del libro: la situación de la mujer dentro del régimen de sociedad conyugal, en el que la mujer aparecía como totalmente incapaz.

El otro fue un libro sobre pensiones alimenticias, en el cual sostuve la tesis de que aunque la mujer abandonara el hogar conyugal, tenía derecho a pensión alimenticia, tesis que no sustentaba la Corte Suprema. La Corte Suprema había declarado en numerosas oportunidades que la mujer que salía del hogar conyugal no tenía derecho a pensión alimenticia. Yo escribí el libro para demostrar que estaban equivocados. El libro tuvo bastante éxito, en primer lugar, porque me dieron el premio Ballestero de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, enseguida porque la Corte Suprema cambió su

jurisprudencia y entonces empezó a aceptar mi punto de vista.

Tengo también un libro sobre el Recurso de Amparo, donde sostengo la tesis que durante el Estado de Sitio el presidente de la República tiene la facultad de detener, pero que los Tribunales de Justicia tienen la facultad para juzgar esta medida del presidente. Que esté conforme a derecho y conforme a los hechos. Este libro está prologado por Patricio Aylwin, quien es actualmente el presidente de la República, quien además reconoció que mi tesis era justa. Este libro fue muy usado durante los últimos años, aunque no fue aceptado por los Tribunales de Justicia.

Señora Elena, ¿con qué corriente del feminismo se identifica usted actualmente?

–Yo siempre sostengo que el feminismo es uno solo, pero hay distintas orientaciones: el feminismo reformista que persigue únicamente la igualdad de la mujer frente a la ley. Tenemos el feminismo radical que pone el acento en el problema del sexo. Después hay un tercer grupo que sostiene que la mujer va a lograr su emancipación con un cambio de la estructura social. Yo estoy con esa última tendencia y pienso que además de cambios en la estructura social, tiene que haber cambios en la mentalidad, tanto del hombre como de la mujer. Porque hay bastantes mujeres que son machistas... Bueno, eso tiene que cambiar. Pero costará muchos años, los mismos años, quizá, que ha durado el sistema patriarcal.

Para terminar, ¿cuáles son las cosas que la han gratificado en su vida?

–A mí me ha gratificado lo que he escrito. Creo que son las obras importantes y que han sido un aporte serio a la literatura jurídica de la época. Creo que también han ayudado al movimiento femenino. He escrito algunos libros, he aclarado la situación en la que vive la mujer. Más no he podido hacer porque no he tenido las condiciones.